

# LA CULTURA UNIVERSITARIA: ENTRE PROMETEO Y ORFEO

*"Un mundo que no está para  
ser dominado y controlado,  
sino para ser liberado"*  
H. Marcuse

Julio César Carrión Castro\*

## Palabras Clave:

Orfeo, Prometeo, Universidad, Racionalidad Instrumental, Armonía, Sensibilidad, Reencantamiento.

## RESUMEN

**M**arcuse afirmó: "Si Prometeo es el héroe cultural del esfuerzo y la fatiga, la productividad y el progreso a través de la represión, los símbolos de otro principio de la realidad deben ser buscados en el polo opuesto": Orfeo, que es el héroe cultural por excelencia para simbolizar este cambio de mentalidad propuesto, ya que significa el cantar de la vida y su sentido. Se trata de devolverle al hombre su pérdida armonía, la vigencia de su sensibilidad sepultada bajo la pretenciosa racionalidad instrumental; rescatar una concepción integral del hombre: sensible, inteligible, ético, estético, lúdico, laborioso; definitivamente un "ser sentipensante" y no solo productivo.

Este artículo es una crítica al enjaulamiento de la Universidad en general bajo los criterios cientistas, positivistas, instrumentalizadores que han hecho del hombre un "objeto de producción" y propone el reencantamiento del mundo y de la vida.

\* Lic. en ciencias Sociales, Magister en Ciencias políticas Universidad Javeriana.

Director del centro de extensión cultural de la universidad del Tolima.

Editor de la revista *Aquelarre*, del centro cultural de la universidad del Tolima.



Como lo anota el sacerdote Alfonso Borrero en los textos del Simposio permanente sobre la universidad, que ha sido promovido por la Asociación Colombiana de Universidades ASCUN- y el Instituto Colombiano para el fomento de la Educación Superior ICFES-, "las universidades desde su nacimiento, cumplieron para con el hombre y la sociedad el servicio de las grandes profesiones, de acuerdo con cuanto entonces sociedad y hombre deseaban: El conocimiento de Dios, -la difusión de su mensaje revelado y su culto-; los servicios de la salud -la medicina-, la justicia- el derecho y las leyes- y el pensamiento y la difusión de la cultura, la filosofía y las artes-". Con el advenimiento del modo de producción capitalista, a tenor con el desarrollo mismo de las fuerzas productivas e impulsadas por el interés de generar conocimientos nuevos que permitieran al hombre un mayor dominio sobre el resto de la naturaleza, las universidades, paulatinamente, se fueron convirtiendo en centros de excelencia para la investigación y el desarrollo científico -tecnológico.

Deslumbradas por los dudosos éxitos alcanzados por la racionalidad científica, las universidades contemporáneas han sido atrapadas, al parecer inexorablemente, por una especie de superstición hacia la ciencia y la tecnología. El paradigma cientista y la persistencia de la ideología del progreso, así como la multiplicidad de nuevos saberes y tecnologías, han provocado la devaluación del mundo de la vida y la tergiversación de los ideales humanistas de la universidad. Perplejos contemplamos hoy la derrota de la universidad bajo el dominio generalizado de una racionalidad instrumental, la vigencia de unas instituciones de educación centradas en el profesionalismo, en el credencialismo, en la mera calificación de fuerza laboral y en la formación de "capital humano".

Sin embargo, el ideal positivista e instrumentalizador que nos impone el capitalismo tardío, se muestra impotente principalmente en las regiones periféricas, en el llamado tercer mundo, que hoy quiere ensayar propuestas de cambio; opciones de reafirmación cultural y de soberanía política, que por supuesto, confronten las transferencias culturales y los paradigmas cientistas de las transnacionales.

## **HORIZONTES NUEVOS PARA LA UNIVERSIDAD**

Si bien es cierto no tiene sentido mantener el pretérito optimismo fáustico sobre el valor de una ciencia comprometida con el integral progreso humano, porque la contemporánea dinámica homogenizadora y anónima de complejas corporaciones multinacionales ha derrotado ese sueño



dieciochesco, reduciendo el papel de las universidades a ser solamente garantes de la continuidad de unos sistemas económico-sociales que imponen la mera racionalidad productiva, negando toda autonomía cultural y toda diferencia, y convirtiendo a hombres y mujeres en simples autómatas circunscritos al cumplimiento de unos roles, fijados por sus rutinarias actividades domésticas y laborales, también es válido entender que es en la universidad en donde debe surgir de nuevo la esperanza.

Todavía hay un espacio y un tiempo para las utopías, ante el descomunal fracaso de un sistema que irreflexivamente llevó a ese extraño maridaje entre la educación y la barbarie (bástenos reseñar, como lo ha indicado Eric Hobsbawm, que cerca del 60% de los científicos del mundo -formados en las universidades- están comprometidos con el complejo industrial-militarista). Así las cosas, no debemos dejarnos seducir más por esos cantos de sirena que anuncian un supuesto reinado de la cordura, bajo las formaciones económicas y políticas que tantas muestras de irracionalidad y de demencia dieron durante el aterrador siglo XX; que fue el siglo de Auschwitz, de Hiroshima y de Vietnam.

Pero la crisis de ese proyecto imperial ya toca fondo y hoy, desde el medio cultural y académico de los países periféricos, se provoca una total reorientación que busca superar la deshumanización reinante. Se trata de la "insurrección de los conocimientos subyugados", de una gran eclosión de teorías de "reafirmación tercermundista", de una clara revisión de los postulados del progreso y de la modernidad. Ya no más nostalgia por la modernidad postergada, ya no más intentos para lograr "ser como ellos", como lo señala Eduardo Galeano, pues de lo que se trata es de reinventar los ideales del progreso dejando espacio al reencantamiento del mundo y de la vida. Por ello la agenda para la educación superior del siglo XXI ha de contemplar, más que estrechas políticas para el desarrollo científico y tecnológico, en los términos impuestos por las multinacionales del conocimiento y del poder, políticas de carácter cultural que nos permitan, no solamente ingresar a los circuitos de las transnacionales del conocimiento, sino la formación de seres humanos integrales, creativos y activos, capaces de alcanzar el uso público y autónomo de su propio entendimiento, como lo propusiera Kant, y de navegar en los imaginarios colectivos y las hibridaciones culturales, que como alternativa a la homogeneidad cultural y al uniformismo gregario, hoy se proponen al mundo desde la América Latina.

Corresponde a un nuevo proyecto educativo para las universidades latinoamericanas de este nuevo milenio, centrarse en la duda y en la incertidumbre, articular las más diversas expresiones culturales y deponer el prejuicio y el orgullo prepotente de considerarse monopolizadoras de un saber que, por curricularizado se asume de mejor calidad y contenido que los saberes extraescolares. Liberarse de esta especie de cárcel que constituye





hoy el currículo en las universidades, implica superar esa extraña noción de pretensiones presocráticas que afirma que "todo es currículo" (que equivale a decir que todo es agua, o que todo es violencia). Superar dicha dictadura nos va a permitir entender una nueva perspectiva para la interculturalidad y para el pluralismo, una nueva opción para los conocimientos populares, el saber de los vencidos y los conocimientos subyugados.

La difusión de concepto de currículo, proveniente del mundo anglosajón, se aplica para establecer la diferenciación clasista, estamentaria y de roles prefijados, para las personas dentro del proceso educativo, determinadas desde una concepción técnica, positivista, industrial y empresarial, que instrumentaliza a los individuos, considerando como nociones metafísicas, vagas y nebulosas, la reflexión crítica, la autonomía, la creatividad, la libertad y los intereses emancipatorios.

La pretensión de racionalizar la educación mediante una detallada estructuración previa y externa, o la asimilación de la educación a una acción técnico instrumental, se encamina a la formación de seres humanos heterónomos, no autónomos, y reduce la comprensión de la cultura a su normatización y homogeneidad.

El impulso del pluralismo, de la multiculturalidad y de las negociaciones democráticas, constituye, pues, un necesario ajuste vital para el mundo universitario, si queremos mantenernos humanos en medio de la decadencia y el apabullamiento generalizado que provoca la sola racionalidad instrumental y esa torpe concepción que solo ve la vida universitaria desde la óptica de la "administración empresarial".

## LA CULTURA, ENTRE PROMETEO Y ORFEO

Esa reorientación en los quehaceres universitarios, ese nuevo proyecto educativo centrado en la utopía de la dimensión estética, ha sido claramente revelado por los grandes pensadores que se han opuesto a la fragmentación del ser humano; Schiller lo señaló con claridad al afirmar: "el placer se desvinculó del trabajo, el medio de su finalidad, el esfuerzo de la recompensa. Ligado eternamente a un único y minúsculo fragmento del todo, el hombre mismo evoluciona sólo como fragmento; no oyendo más que el sonido monótono de la rueda que hace funcionar, nunca desarrolla la armonía que lleva dentro de sí, y en lugar de imprimir a su naturaleza el carácter propio de la humanidad, el hombre se convierte en un reflejo de su oficio, de su ciencia". Y Federico Nietzsche también recavaría sobre el tema de la ruptura de la identidad humana, cuando su Zarathustra sentencia: "¡ En verdad, amigos míos, yo camino entre los hombres como entre fragmentos y



miembros de hombres ! Para mis ojos lo más terrible es encontrar al hombre destrozado y esparcido como sobre un campo de batalla y de matanza”.

Recomponer la perdida unidad del hombre, despedazado al arbitrio de los intereses de la productividad y del principio de la eficiencia, el rendimiento y la rentabilidad, debería ser tarea de la escuela. Se trata de devolverle al hombre su perdida armonía, la vigencia de su sensibilidad sepultada bajo la pretenciosa racionalidad instrumental; rescatar una concepción integral del hombre: sensible, inteligible, ético, estético, lúdico, laborioso; definitivamente un “ser sentipensante” y no sólo productivo.

Perdido el control sobre nuestras posibilidades de progreso, hemos terminado subordinados a lo que tan precisamente denominara Marcuse la Sociedad Unidimensional, “con una ausencia de libertad, cómoda, suave, razonable y democrática”; pero bajo la impronta exclusiva de un progreso técnico que ha llevado a la irracionalidad de su racionalidad, con el incremento de un desperdiciado consumismo, la manipulación de las necesidades, la barbarie ecológica y la mayor cosificación del hombre. Peor ha sido aún el imperio de esta racionalidad para los pueblos del tercer mundo, que sólo han conocido el pronóstico permanentemente aplazado de su futuro “desarrollo”, mientras subsiste en ellos la explotación, la miseria y las formas más bárbaras de organización social y de gobierno.

La sociedad unidimensional, con sus nuevas formas de control y de compensación, ha hecho de la universidad el espacio perfecto para la difusión a ultranza de la racionalidad científico tecnológica, base de la violencia simbólica y de la administración total que pesa sobre los individuos, de ello da cuenta la asimilación de la educación a una acción instrumental que busca definir a los individuos solo para los intereses de la productividad, haciendo abstracción de la reflexión crítica, de la creatividad y de la sensibilidad.

El ideal de armonía, no solo del hombre con la naturaleza, sino del hombre consigo mismo, es un proyecto que debe ser retomado por el mundo académico, por la universidad, si ésta pretende desde la realidad y no desde la simple retórica, la formación de seres humanos integrales, como decididamente ha sido planteado de manera generalizada en la Misión de todas las instituciones de educación superior.

Frente al viejo ideal del progreso y a ese principio de la realidad sustentado tan solo en la productividad, la eficiencia y la rentabilidad, se debe establecer desde la universidad, un contraideal que busque reencontrar el poder de la imaginación y del deseo, confrontando la trivialidad de una vida sin ilusiones, la perversión de unos trabajos alienantes alejados de la alegría; que encuentre en el arte, en la política, en la cultura, fundamentales expresiones del goce de vivir.



Orfeo es el héroe cultural por excelencia para simbolizar este cambio de mentalidad propuesto, ya que significa el cantar de la vida y su sentido.

Orfeo, músico y poeta, carente de la fuerza de otros héroes míticos, cuenta tan solo con el denodado vigor del arte y la encantadora energía del amor mediante los cuales logra, según narra Virgilio, atraer con sus cantos, desde los insondables abismos del Erebo, a las sombras y fantasmas de los muertos y apaciguar con los arpegios de su lira a los demonios. Es el paradójico héroe de lo sublime y lo perverso del "esplendor del arte y de la inconstancia del artista", ha dicho Paul Del. Significa el vigor de la imaginación que desborda los estrechos marcos de la realidad, expresa el poder del subconsciente que no cede ante ese pragmatismo represivo que niega el placer, la seducción y el juego.

Marcuse estableció: "Si Prometeo es el héroe cultural del esfuerzo y la fatiga, la productividad y el progreso a través de la represión, los símbolos de otro principio de la realidad deben ser buscados en el polo opuesto.

Orfeo y Narciso (como Dionisos, el antagonista del dios que sanciona la lógica de la dominación y el campo de la razón, con el que están emparentados) defienden una realidad muy diferente. Ellos no han llegado a ser los héroes culturales del mundo occidental: su imagen es la del gozo y la realización; la voz que no ordena, sino que canta; el gesto que ofrece y recibe; el acto que trae la paz y concluye el trabajo de conquistar; la liberación del tiempo que une al hombre con dios, al hombre con la naturaleza".

Alcanzar de nuevo esa armonía vital que enfrente los poderes que se han establecido en contra del hombre integral; del hombre como dueño de una "voluntad de porvenir", es ésta la opción que le compete a la universidad: la formación de seres humanos genéricos, capaces de interactuar en comunidad, y desde el múltiple despliegue de sus individualidades, es decir activos, creativos, por supuesto productivos, pero también amorosos, solidarios, omnisensoriales, dispuestos a oponerse a los toscos ideales del individualismo miope que se basa en la simple posesión y la codicia, se trata de que la universidad contribuya a buscar el "reino de la libertad" más allá del esfuerzo y el trabajo, más allá del reino de la necesidad, como ya ha sido planteado.

## TAREAS POLÍTICAS Y CULTURALES PARA LA UNIVERSIDAD COLOMBIANA

Conforme a lo establecido y como lo han definido algunos teóricos contemporáneos de las ciencias sociales, la política y la pedagogía, quizás el





mayor reto que en materia educativa enfrenta hoy la América Latina, sea el de conciliar las perentorias exigencias de la producción (en el sentido de formar los llamados "recursos humanos" que demandan los desarrollos tecnológicos, la globalización, la competencia internacional y los nuevos escenarios del conocimiento y de la información) con la construcción de la democracia, el fortalecimiento de una ciudadanía participativa y la búsqueda de la equidad social y cultural.

Paradójicamente los procesos de globalización y universalización del modo de producción capitalista, con sus intencionalidades de homogenización y uniformidad cultural han provocado, en el mundo entero, una serie de movimientos de afirmación de sus especificidades culturales que incluso infortunadamente, como reacción, han conducido hasta la defensa de viejos fundamentalismos y de confusas doctrinas nacionalistas y patrioterías.

Por otra parte la fragmentación cultural, social y por supuesto psicológica de nuestros pueblos, no solo es resultado de unas arcaicas estructuras socio-económicas heredadas de la colonia y aún vigentes, sino que ha sido promovida por un sistema educativo basado en la selectividad, el credencialismo y la especialización, que más que lograr la movilidad social, la comprensión intercultural o la equidad, genera una mayor jerarquización y una ruptura cultural, ética y epistemológica, entre el mundo académico y el conjunto de la sociedad.

Debido a esta situación se hace urgente vincular las actividades curriculares, la formación profesional y la investigación científica que se viene ofreciendo, particularmente en las instituciones de educación superior, con los procesos culturales que se desarrollan en todos los niveles y estratos de la sociedad: con el debate de las ideas políticas, con las diversas expresiones de la cultura popular, con las tradiciones y costumbres, con la dimensión estética, con los incontables saberes subyugados y en general con los imaginarios colectivos de una sociedad pluriétnica y multicultural.

Promover el desarrollo social y la equidad a través de la educación, la ciencia y la cultura, es quizás la principal competencia de la universidad. Esta tarea solo es posible de alcanzar mediante una seria reconsideración de los criterios de superioridad reinante en el medio académico, tomando en cuenta la validez y la singularidad de lo local y lo regional; provocando un ensanchamiento en las formas y procedimientos educativos, que nos lleven a superar la reducción cultural que marcan los currículos oficiales. Ésta ha de ser la tarea del llamado Bienestar Universitario, de aquellos organismos que podemos definir como impulsores del Desarrollo Humano, de la extensión y de la proyección social en el interior de las mismas instituciones universitarias, si es cierto que éstas buscan ser más que simples empresas del saber, constituyéndose en entidades articuladas a los procesos políticos y culturales de la sociedad.



Como claramente ha sido establecido en la Declaración Mundial sobre la Educación Superior en el siglo XXI, de la Conferencia de la UNESCO 1998, corresponde entre otras, a las misiones y funciones de la educación superior: "contribuir a comprender, interpretar, preservar, reforzar, fomentar y difundir las culturas nacionales y regionales e históricas en un contexto de pluralismo y diversidad regional", así como también es de su competencia y pertinencia, el propender por la elaboración de una amplia concepción estratégica sobre la equidad social, que permita no solo la ampliación de cobertura, la diversificación de la oferta educativa, la superación de las prácticas selectivas y de darwinismo social, la articulación de todo el sistema educativo y la ampliación de procesos y actividades de bienestar estudiantil, a fin de alcanzar una mejor participación en la vida universitaria de los sectores históricamente excluidos.

La idea de debilitar las fronteras de la escuela, como ha sido propuesta por pedagogos y políticos<sup>2</sup>, constituye una ineludible tarea académica, ya que la universidad no puede continuar eludiendo el análisis de los problemas ligados a la fragmentación humana existente; ella debe investigar respecto a los nexos entre la academia y las demás formas y expresiones de educación adjuntas a las múltiples tradiciones culturales extraescolares y presentes en la vida cotidiana. Basil Bernstein ha dicho: "Debilitando las fronteras de la escuela, se favorecería un debilitamiento de los mecanismos de diferenciación y segregación social". Es imprescindible, pues, llegar a la consideración de que la cultura escolar no es superior, ni más valiosa, que las prácticas y los saberes de la vida extraescolar. No podemos continuar resignándonos a la exclusión de los conocimientos comunes, a la marginalidad de los imaginarios colectivos y los saberes populares, con respecto al mundo académico.

En este orden de ideas y entendiendo que, a más de la calificación de profesionales competentes, le corresponde a las instituciones de educación trabajar en la formación de seres humanos integrales - autónomos y participativos - y coadyuvar en la construcción de un nuevo ethos social y cultural para el país. Es decir, no es suficiente con que la universidad, en los términos kantianos, busque alcanzar la "mayoría de edad" para sus estudiantes, es preciso también comprender que la "misión de la universidad" no se agota en las propuestas de una educación en valores ni en la estructuración de unos mínimos éticos; se debe entender su polivalencia política y los campos de proyección y de acción que ella ha de cubrir, no solo frente al individuo, sino ante la sociedad, el Estado, las empresas, las variadas comunidades y las múltiples culturas. Pensando en ello, quizá, los profesores Gabriel Restrepo, Víctor Manuel Moncayo y Gustavo Téllez Iregui, de las universidades Nacional de Colombia y Pedagógica Nacional, nos proponen un compromiso de acción, de invención y de creatividad

<sup>2</sup>Cf las obras de Jaume Triñes, Basil Bernstein, Iván Illich y otros teóricos de la pedagogía.





para las universidades colombianas que signifique precisamente, el establecimiento de un nuevo proyecto de nación; tarea que implica la elaboración de un programa para los quehaceres pedagógicos, políticos y culturales de carácter extracurricular en que las universidades públicas desean empeñarse.

Nos dicen que "el proyecto de nación debe tejerse, desde ahora, pensando en cómo transitar la noche oscura de nuestras violencias para transformar nuestras derrotas en un itinerario de reconstrucción", y nos proponen, entonces, cinco grandes campos de proyección e intervención de la universidad para alcanzar esa reconstrucción nacional.<sup>2</sup>

1. En primer término plantean el compromiso de reinención de la democracia para alcanzar un nuevo orden político, que apunte a la auténtica realización del Estado Social de Derecho en Colombia. Entendiendo que las aulas y el Campus universitario son el espacio adecuado para el ejercicio de la crítica política y social, y para el manejo de una discusión que preludie y facilite dicha reconstrucción democrática.

2. La búsqueda de soluciones duraderas al conflicto armado, más allá de la simple toma de partido en favor de uno u otro de los polos del conflicto. A sabiendas de que "a la universidad no le compete la resolución política del conflicto armado", pero conocedores de que ella posee la ventaja comparativa y articuladora de la acción comunicativa discursiva, es decir, de la pretensión del convencimiento argumentado para la resolución de los conflictos, mediante el empleo de la discusión racional y no de la fuerza.

3. Compete a los actores y gestores del quehacer académico y universitario, no solo la reflexión económica, política, sociológica y antropológica, sino el establecer y liderar mediante el recurso de la imaginación un preciso programa de justicia social y de equidad, que trascienda la simple retórica interpretativa y la demagogia de la politiquería.

4. El oneroso sistema de ventajas y prebendas que históricamente ha caracterizado el manejo administrativo de nuestro país, exige por parte de la universidad su intervención para el establecimiento de una ética pública y ciudadana, que lleve finalmente a superar la corrupción administrativa y la cleptocracia impuesta por las relajadas costumbres burocrático-clientelistas del bipartidismo tradicional y el desmoronamiento de la legitimidad del Estado.

5. Finalmente, es necesario que la universidad proyecte una transformación decidida de la cultura, la ciencia y la educación. Resueltamente señalan los autores que "nuestros males en buena medida se fundan en un desconocimiento del ser que somos" y por ello mismo reclaman la necesidad

CF MONCAYO, Victor y otros:  
"La universidad y el proyecto  
de nación: una década para  
recorrer tres siglos". ICFES,  
MEN, 1999.



de que, más allá de simple masificación de la educación, la modernización económica, la secularización cultural y la urbanización acelerada, busquemos "un proyecto político-pedagógico que sustente y dé coherencia al proyecto de nación deseada."

Esta decidida transformación cultural implica, como ya lo hemos anotado, la superación de ese tosco principio de productividad y rentabilidad, permitiendo el más amplio despliegue de la creatividad, la sensibilidad y la dimensión estética.

La universidad debe trabajar para alcanzar este ideal, en los términos en que lo han expresado también recientemente los profesores Luis E. Mora Osejo y Orlando Fals Borda, es decir, mediante la exigencia de contar con políticas propias y adecuadas a la resolución de nuestros conflictos y no solo empeñados en el seguidismo acrítico y la imitación servil de procedimientos foráneos: "la imitación simple y el sometimiento intelectual deben desestimularse, y en cambio defender los aportes y derechos de los creadores raizales, tales como los exponentes anónimos de los saberes tradicionales, indígenas y campesinos". Es por ello que se debe emprender la refundación de la política, una amplia resignificación de la pedagogía y la trasmutación cultural que proponemos.

Más allá de los acuerdos firmados con el Fondo Monetario Internacional o del establecimiento de unas supuestas "necesidades básicas de aprendizaje" para los pueblos del tercer mundo, fijadas por la UNESCO y por el Banco Mundial, sobrevive en nuestros sectores populares una enorme diversidad de culturas y de prácticas pedagógicas que resulta imposible su esquematización y reglamentación. La educación superior, por supuesto, constituye un privilegiado espacio cultural que debería contribuir a la cohesión social, pero que, por el contrario, está causando una mayor fragmentación individual, cultural y social, al no querer reconocer que no posee el monopolio de los procesos de formación, al impulsar (sin éxito) un único modelo de desarrollo y al someterse acríticamente a las políticas educativas definidas e impuestas por los centros internacionales de poder; por eso "es necesario romper las formas y los contenidos que han convertido nuestras instituciones de educación en una pesada máquina de clasificación social". Se requiere entonces, dicen los autores, "universidades participativas, comprometidas con el bien común, en especial con las urgencias de las comunidades de base..."

En medio de este contradictorio proceso de globalización económica y de fragmentación individual y social, es urgente a nivel nacional y local, una reestructuración del sistema de educación superior; es imperativo alentar un proyecto politicopedagógico para la universidad que la conduzca a asumir su compromiso histórico, no solo de ayudar a "esquivar el desastre", como lo



solicita el profesor Gabriel Restrepo, sino que la lleve a superar la insularidad, el hermetismo y la exclusión con respecto al resto de la sociedad.

## ¿CÓMO SUPERAR LA ALARMANTE SITUACIÓN DEL AISLAMIENTO UNIVERSITARIO?

Se ha establecido como un síntoma alarmante de la universidad colombiana el hecho de su "aislamiento, el encerramiento, el enclaustramiento que las ha llevado a la inmovilidad total... marginando a la universidad de la toma de las decisiones importantes del país"; así mismo se ha dicho que la universidad que el país reclama tiene que cumplir con una serie de tareas que la hagan más "humana, ética, pertinente y libre..." que eduque para el desarrollo, para la integración regional, la equidad, la convivencia y el diálogo intercultural. En este orden de ideas, asumimos que en la agenda de actividades de las universidades colombianas se debe disponer la provisión y organización de comunidades académicas e intelectuales, que lleven a la necesaria articulación entre el mundo universitario, propiamente dicho, y las actividades y colectividades escolares, políticas y culturales del entorno. Estos propósitos no deben quedarse en simples expresiones que tácticamente busquen ser complacientes con las exigencias de una acreditación académica formal. Se debe alcanzar una auténtica acreditación social y ésta solo se consigue mediante una clara pertinencia y legitimidad que demuestre en la práctica la función pública y autónoma de las universidades.

Todas las Universidades de la región, en sus proyectos de "modernización institucional", y más concretamente en sus planes de desarrollo, se proponen no sólo el mejoramiento curricular, el desarrollo de la investigación, la formación ética, el bienestar universitario y el desarrollo humano, sino que aspiran a ofrecer una educación para la vida estableciendo lazos de interacción con los quehaceres políticos y culturales de sus entornos. Por todo lo anterior y coincidiendo con Theodor Adorno en el "horror a todo lo esquemático", consideramos que es viable y pertinente, conforme a los objetivos planteados para este Encuentro, "socializar y contrastar, en un ambiente de intercambio universitario los desarrollos conceptuales, las experiencias y alcances organizativos de nuestras universidades". Y qué mejor manera de lograrlo que mediante la propuesta de conformar comunidades académicas e intelectuales que, lideradas por nuestras instituciones, nos permitan precisamente "**construir región**", interactuar con los demás niveles de la educación, comprometernos en serio con la





sociedad, participar en la toma de decisiones políticas, convirtiendo las universidades en centros de diálogo y debates, por supuesto defendiendo nuestros particulares ideales y utopías, como de todas maneras la universidad lo ha venido haciendo desde la edad media.

En todo caso se trata, no de un extraño capricho, sino de darle una oportunidad a la utopía, al principio esperanza de que hablara Ernest Bloch. Ante el derrumbe de tanta certidumbre, tenemos que permitirnos, en el mundo universitario, los recursos de la sensibilidad y de la imaginación, porque como lo expresara ese gigante olvidado del ensayo y de las letras latinoamericanas, el mexicano Alfonso Reyes: "La imaginación, la loca de la casa, vale tanto como la historia para la interpretación de los hechos humanos. Todo está en saberla interrogar y en tratarla con delicadeza. El mito es un testimonio fehaciente sobre alguna operación divina... Préstenos la imaginación su caballo con alas y recorramos la historia del mundo en tres minutos... Imaginemos todavía, soñemos para mejor entender la realidad... los tizeretazos de algún demiurgo caprichoso han venido tajando en fragmentos la primitiva unidad, y uno de los fragmentos en partes, y una de las partes en pedazos y uno de los pedazos en trozos. Y la imaginación nos esta diciendo en voz baja que, aunque esa unidad primitiva nunca haya existido, el hombre ha soñado siempre con ella, y la ha situado unas veces como fuerza impulsora y otras como fuerza tractora de la historia: si como fuerza impulsora, en el pasado, y entonces se llama la Edad de Oro: si como fuerza tractora en el porvenir, y entonces se llama la Tierra prometida. De tiempo en tiempo los filósofos se divierten en esbozar los contornos de la apetecida ciudad perfecta, y esos esbozos se llaman utopías..." y la nuestra como lo venimos diciendo, ha de ser la utopía del rescate de la integridad del ser humano contra la miseria de la alienación generalizada.

Si, tanto nuestras esperanzas como nuestros proyectos autónomos de vida, han sido destrozados por un pragmatismo cínico que amparado en una fatua racionalidad administrativa pretende subyugar toda ética y toda teoría. La unidad entre la teoría y la praxis cotidiana debe ser restituida mediante un gran trabajo colectivo, que no dudamos en entender debe ser liderado por la Universidad.

Las comunidades intelectuales, los organismos y centros de estudio propuestos, despojándolos de toda intencionalidad administrativa o figurona, buscarán alcanzar esa unidad y la articulación permanente entre la universidad, la sociedad y el Estado, promoviendo el debate, la participación, la solución pacífica de los conflictos, y por ende la construcción colectiva de un nuevo proyecto de nación, sin caer en los simples afanes reglamentaristas, reguladores y ordenadores, o en el complejo ajeteo burocrático de establecer nuevos cargos, oficinas, nombramientos, que todo



lo que logran es colocar mayores impedimentos a las urgentes acciones sociales, políticas y culturales.

Se trata de emprender una gran tarea colectiva, que nos lleve a empeñarnos en efectuar, desde la región, los cambios, las uniones y rupturas que el país reclama, como una tarea universitaria de muy largo aliento, que implicaría no solamente una muestra de sensatez y voluntad política comprometiéndonos en la "racionalización de los recursos" y el mejoramiento de la capacidad instalada, sino un claro ejercicio de participación de toda la comunidad universitaria.

Como lo planteara Hernando Gómez Buendía (Educación la agenda del siglo XXI. Hacia un desarrollo humano. PNUD 1998): "Hay que pasar de una buena vez a la gestión por objetivos, lo esencial no son los aparatos: son las funciones". Pero tampoco se trata de dejar al garete la gestión de acciones tan pertinentes como el bienestar universitario, la proyección social y cultural y en general las políticas de "desarrollo humano", bajo premisas de corte fiscalista o administrativas. Esto sería una enorme distorsión de la pertinencia social universitaria.

Poner en marcha estos colectivos de reflexión y de acción intelectual, locales y regionales, una nueva noción de bienestar universitario y de desarrollo humano, político y cultural en los términos expuestos, significaría acercarnos un poco más a la realización de la utopía. A esa utopía de la dimensión estética, a una nueva forma de civilización que enfrente la dictadura de la razón instrumental y el pragmatismo. Se trata de una utopía realizable que reclama, como ya lo hemos planteado, compromiso y voluntad política de las directivas universitarias; sabemos que hay recursos, viabilidad financiera y gente capaz de apersonarse de este ideario que no puede simplemente ser mirado de soslayo, como un asunto aleatorio que pudiese ser tratado sin un específico direccionamiento institucional. Se trata de ese ideal, que, en los términos de Herbert Marcuse, nos daría la posibilidad de reconciliar, al menos en el mundo académico, la estética y la lógica; "fortaleciendo la sensualidad contra la tiranía de la razón"; haciendo viable la realización del sueño órfico que busca la formación del hombre integral, el disfrute y el goce de la vida; que condena la deshumanización y la alienación generalizada que vivimos, así como la miseria material y espiritual que hoy nos impone el capitalismo tardío; bajo el prometeico principio de la productividad ligado a la angustia, a la destrucción, a la guerra y a la barbarie que tanto agobia a nuestra desmembrada y agónica Colombia.



**TEXTOS CITADOS Y CONSULTADOS**

BORRERO, Alfonso. Primera expansión del movimiento universitario medieval. Bogotá, ASCUN, 1990.

BERSTEIN, Basil. La construcción social del discurso pedagógico. Textos seleccionados por Mario Díaz. Bogotá, 1990.

DIEL, Paul. El simbolismo en la mitología griega. Ed. Labor, Barcelona, 1985.

GANTIVA SILVA, Jorge. La reconstrucción del movimiento pedagógico. En revista Educación y Cultura. Edición 50. Bogotá, CEID, Fecode, enero de 2000.

GARCIA GUADILLA, Carmen. Producción y transferencia de paradigmas teóricos en la investigación socio-educativa. Ed. Tropyhos, Caracas, 1987.

GOMEZ BUENDÍA, Hernando (Director) Educación. La Agenda del siglo XXI hacia un desarrollo humano. PNUD. TM. Editores. Bogotá, 1998.

HOBBSAWN, Eric. Historia del siglo XX. Ed. Critica. Barcelona, 1995.

MARCUSE, Herbert. El hombre unidimensional. Ed. Ariel, Barcelona, 1981.

MARCUSE, Herbert. Eros y civilización. Ed. Ariel, Barcelona, 1981.

MOCKUS, Antanas y otros. Las fronteras de la escuela. Ed. Magisterio, Bogotá, 1995.

MONCAYO, Víctor Manuel, TÉLLEZ IREGUI, Gustavo y RESTREPO Gabriel. "La universidad y el proyecto de nación: una década para recorrer tres siglos" Editado por ICFES Ministerio de Educación, Noviembre 1999.

MORA OSEJO, Luis F. y FALS BORDA, Orlando. Manifiesto por la autoestima en la ciencia colombiana. Apéndice del libro Kaziyadu. Ediciones desde abajo. Bogotá, abril de 2001.

RESTREPO, Gabriel. Una pedagogía para esquivar el desastre-conferencia multicopiada.

REYES, Alfonso. La última thule y otros ensayos. Ed. Ayacucho. Caracas Venezuela, 1989.

SCHILLER, Federico. Cartas sobre la educación estética del hombre. Ed. Anthropos, Barcelona, 1990.

TRILLA, Jaume. Otras educaciones. Ed. Anthropos. Barcelona, 1993.

